

Rubén Bonifaz Nuño, poeta urbano

Desde los más remotos tiempos, los habitantes de la ciudad de México han cantado siempre a su ciudad. Desde la época prehispánica ("en el lugar de los dardos de colores, /de los escudos pintados, es Tenochtitlan/ Abren aquí sus corolas/ las flores del Dador de la vida"¹) a la colonial ("De la famosa México el asiento/ origen y grandeza de edificios"²); desde Alfonso Reyes ("en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las artistas de la pirámide"³) a Salvador Novo ("México, Capital, la populosa/ ciudad donde orgullosa/ ostenta Flora su vergel más lindo./ No os extrañe si por ella brindo/ que es mi ciudad natal donde he nacido, / donde la luz del sol he conocido"⁴), por citar algunos ejemplos de extensa relación. Tal constante histórica, social y literaria ha ido formando a lo largo de los siglos lo que hoy llamamos literatura urbana, literatura de la ciudad y sobre la ciudad y, específicamente, poesía sobre la ciudad de México.

Esta tradición de literatura urbana sabe recogerla y reflejarla con maestría en sus versos Rubén Bonifaz Nuño. Quizá fuera más justo decir que el tema de la ciudad de México ha sido y es cara obsesión para él. Así en la entrevista que le hizo Marco Antonio Campos, julio de 1985, en México, el poeta asume a su ciudad tal como ella es: pobre y rica, deficiente y lograda, sucia y limpia, ruidosa y asfijante:

Soy hombre de ciudad desde que tengo memoria. Me gusta y la amo totalmente con su mugre y su riqueza: las fondas y las cantinas, las encrucijadas y el olor de las pescaderías, las oficinas, el ruido de los coches y la asfixia constante. Creo que en casi todo lo que he escrito se

siente, a partir de este libro (*Los demonios y los días*, 1956) la presencia de la ciudad. Yo no entiendo de otras cosas.⁵

En efecto, la presencia de la ciudad de México se rastrea a lo largo de toda la obra bonifaziana. Trataré de precisar esta aseveración con textos de poemas y ensayos de Rubén Bonifaz Nuño.

México, Distrito Federal

Desde su ciudad, México D.F., y arraigado hondamente en ella, vive Rubén Bonifaz Nuño. En su espacio geográfico ha creado su obra poética y literaria. En un *aquí* y un *ahora* se ha identificado con los problemas que afligen a los habitantes del valle de México, ha percibido su angustia y afirmado su aguante. Así, escribe en *El ala del trigre*⁶: "Como los hombres nos morimos,/ mi corazón: nos aguantamos/ *aquí*, como los hombres" (El subrayado es mío). El poeta vuelve los ojos hacia los graves problemas de las grandes metrópolis del siglo XX y detecta experiencias angustiosas harto conocidas por los chilangos del Distrito Federal. En el poema trece de *Los demonios y los días*, Rubén Bonifaz Nuño observa el gigantismo creciente de la capital mexicana: "En muy pocos años ha crecido/ mi ciudad. Se estira con violencia/ rumbo a todos lados; derriba, ocupa,/ se acomoda a todos los vacíos". El poeta contempla abrumado el despaisajamiento hecho de asfalto y hierro que vicia el aire: "levanta esqueletos que,/ cada vez más, ocultan el aire [...]/ y torres de vidrio y sótanos líquidos/ y estufas y mugre y gasolina y asfalto" (*ibid.*). Contrasta Rubén Bonifaz Nuño la *ostentosa riqueza* y la *mísera mendicidad*: "y despierta calles y aparadores,/ se llena de largos automóviles sonoros/ y de limosneros de todas clases" (*ibid.*); y percibe el *amontonamiento de los pobres* que se apiñan en insuficientes transportes: "Y lentos camiones donde los indios/ juntan el sudor y la miseria/ de todos los días, se apretujan,/ y llegan a barrios que se deshacen/ de viejos, y tiemblan y trabajan"

¹ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 18 r.

² Balbuena, Bernardo de, *Grandeza mexicana*, est. I

³ Reyes, Alfonso, *Visión de Anahuac*, en *Obras Completas*, vol. II, p. 17. teniendo siempre presente el famoso epígrafe de la obra citada: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire".

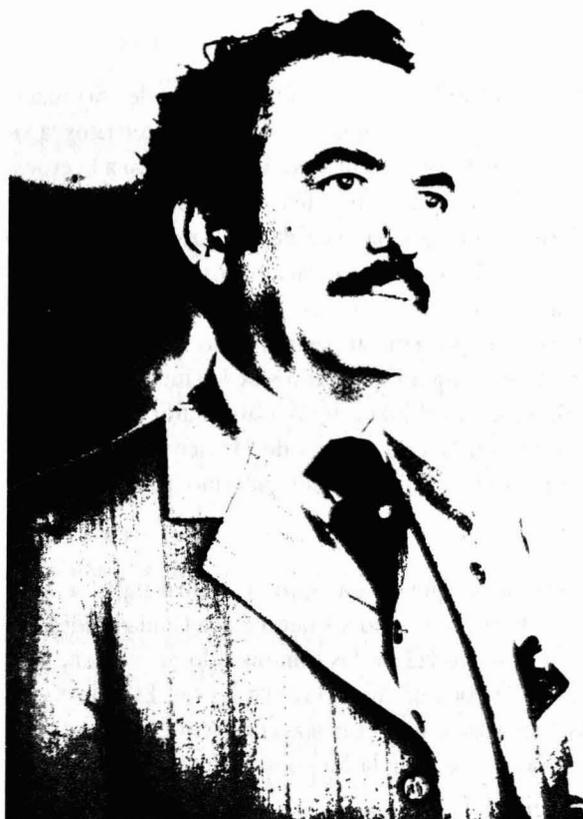
⁴ Conocido es el amor de Novo por su ciudad: "Pocos mortales habrá que amen a esta ciudad de México tan desinteresada, tan puramente como yo" en *Antología, 1925-1962* de Salvador Novo, prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1979, p. 110. (Escritores mexicanos, 84). La cita del trabajo está en la p. III.

⁵ *Vuelta* 104, México, año IX, julio 1985, p. 33.

⁶ Doy el título del libro y el número del poema a que pertenece el texto citado.

(*ibid.*). El poeta detecta la contaminación producida por los rayos solares atrapados por la niebla y el humo: "Y un sol que calienta y acongoja/ más de tres millones de almas enfermas" (*ibid.*). En el poema treinta y tres de *Fuego de pobres* señala la aglomeración y el hacinamiento humanos: "Hervor de calles.../ Y alégrate si nadie, en esta plaza,/ si nadie de tan juntos y de tantos,/ puede caer". En el poema sesenta de *El ala del tigre*, Rubén Bonifaz Nuño subraya poéticamente los trastornos ecológicos que acarrea al ambiente la tecnología, especialmente, la corrupción atmosférica: "O el aire de mi ciudad, tupido/ de aceites quemados, de paraguas/ de polvo, de matrimonios tristes,/ proclama, y su cerco de escritorios/ y calor de axilas y ascensores./ Dos de la tarde. Luz de plomo". En el poema ciento dos de *Siete de espadas* la sorprendente metáfora, también aposición, que identifica la ciudad de México con la cima hueca del volcán pleno de polvareda y ceniza: "Ciudad, cráter de polvo, tolvanera/ primaveral de calle, casa mía". En este mismo poema, se encuentra la imagen visionaria de un mediodía carente de luz, oscurecido por sofocante niebla: "El mediodía descargó sus redes/ sobre la luz; el humo agobia,/ con el azufre y la pescadería/ [...] y en las calles/ suda el ruido su calor de humano". Con expresiva pincelada el poeta destaca aspectos parciales de la vida de la ciudad, la abrumadora visión del México nocturno, las moles de cemento que se levantan fantasmales contra la noche, a pesar de estar regidas por la voluntad del hombre: "Yo miro esto que pesa inmensamente,/ que sube a fuerza contra el peso/ de la noche geográfica./ Esta mole sonámbula y regida [...] Esto que vive, esto que pesa, miro" (*Fuego de pobres*). Cuando los habitantes del Distrito Federal se entregan al sueño, la ciudad aparece "como un taller en huelga" (*ibid.*), como fábrica sin obreros "que asila, como un barco entre la lluvia,/ su cargamento de dormidos" (*ibid.*). La lluvia transforma la vida urbana de México en húmeda desolación: "Nadie sale. Parece/ que cuando llueve en México, lo único/ posible es encerrarse [...] Llueve en México; llueve/ como para salir a enchubascarse" (*ibid.*, 2). La plaga de perros callejeros que deambulan libres por la ciudad son niebla que la oscurece y empaña: "los perros/ como gente se anublan por las calles" (*ibid.*). A los perros se une el viento y su fuerza conjunta produce opresión y desamparo: "Y hay un temblor de viento;/ hay un latir de perros repetido/ encendiéndose lejos, y llenándome/ de un algo sin socorro" (*ibid.*). Los textos anteriores transmiten una realidad existencial. Rubén Bonifaz ama su ciudad, pero la ama tal cual es y, sobre todo, su poesía refleja la vida cotidiana, la de todos los días.

Ahora bien, la realidad quedaría trunca si presentara solamente la visión unilateral de la vida de la ciudad de México. Por ello, la negra pincelada que oscurece la imagen del Distrito Federal, deja paso también a la nota clara, el contraste luminoso y esperanzador. La ciudad de México aglutina la familia y congrega en su recinto "La secreta cofradía de casas familiares" (*ibid.*, 7) y ofrece a la comunidad los beneficios del urbanismo, los recursos de cuidados y atencio-



nes de la ciudad capitalina: "con su riqueza/ de cuerpos maternales, y de enfermos/ tiernamente guardados" (*ibid.*, 10). Ciudad plétórica de bienes: "como ciudad rendida en la abundancia" (*ibid.*, 12), pródiga en olores que el poeta ama: "y la pescadería/ del olor que amo" (*Siete de espadas*, 102). El amor que el poeta siente por su ciudad establece con ella profunda relación afectiva y familiar, así la ciudad es su casa: "Ciudad [...] casa mía" (*ibid.*), por ello se hace responsable de cuidarla y vigilarla: "Ciudad encomendada a mi vigilia,/ a salvo junto a mí" (*Fuego de pobres*, 10). Y, con una bella alusión a las tradiciones de la vida heroica de antiguos tiempos, proclama la responsabilidad de guardarla: "soy, en tus bordes, atalaya/ que te cubre de lejos; voz velando,/ llamando, transmitiendo su noticia nocturna/ de centinela sobre el muro" (*ibid.*). La ciudad humanizada parece adquirir rostro y voluntad de hombre que llega a extremos de violencia exacerbada: "y la ciudad se vuelve humana/ y de humana muerde y asesina" (*El ala del tigre*, 84). El poeta se aferra a su ciudad, no quiere abandonarla, sólo quiere permanecer dentro de ella, así lo afirma en un contundente *aquí y ahora*: "Aquí velo, aquí estoy, aquí me aguanto/ mi corazón. Clavado a la mirada/ mía, y a mis pasos,/ y al grito de mi boca, y a mi oreja" (*Fuego de pobres*, 10) (he subrayado la expresión anafórica y reiterativa). Al presentar los aspectos positivos de la ciudad de México, Rubén Bonifaz Nuño equilibra con un trazo hartamente luminoso el aspecto negativo de la misma. La visión poética del Distrito Federal es más completa y realista. De paso, cabe aclarar que los valores del claroscuro siempre están presentes en la obra de Rubén Bonifaz Nuño, factor plástico que aumenta el valor artístico de la poesía bonifaciana.

La dimensión histórica de la ciudad, capital del virreinato de la Nueva España, enriquece con valores pretéritos la visión poética de Rubén Bonifaz Nuño. Me refiero a la evocación que el poeta hace del México colonial, la bellísima ciudad renacentista y barroca de los siglos XVI y XVII. El poeta bucea en su memoria, cala en los estratos temporales, espaciales y espirituales, en una búsqueda que va del hoy al ayer, del presente al pasado, de lo visible a lo invisible, y recupera rasgos significativos de la ciudad de México, edificada sobre las ruinas aztecas. Cabe aludir al presente a la constante en la vida urbana de México: *construir—destruir*. Al respecto, el historiador Guillermo Tovar y de Teresa dice:

Es asombroso que en un lapso de cuatro siglos se haya demolido tanto: el siglo XVI devastó a la Ciudad Indígena; el XVII, a la ciudad de los Conquistadores, y el XIX, a la Ciudad Barroca de los siglos XVII y XVIII. El siglo XX, el más responsable por ser el más consciente, ha sido el más avasallador y el que la ha convertido en un monstruo apocalíptico.⁷

En efecto, en el siglo XIV, casas y templos fueron edificados sobre las ruinas de la Tenochtitlan azteca. En *La flama en el espejo* se leen versos que pudieran referirse al fenómeno de la *destrucción-construcción* ya aludido: “en el derrumbe/ vertiginoso de ciudades/ a medio instante edificadas”. En otro texto más explícito, Rubén Bonifaz Nuño se siente rodeado de renovación y vida: “Me circunda/ la restauración vertiginosa/ de antiguas ciudades, que cayeron/ a medio instante derrumbadas” (*ibid.*). Otras veces hace énfasis sólo en el fenómeno demoledor: “Deja,/ fuera de sí, tan sólo oscuras/ruinas de cenizas y ciudades” (*ibid.*). Otros versos hablan de ordenar el sinónimo de construir: “contra la expansión de los derrumbes/ levanta el orden de los muros” (*ibid.*). En *Fuego de pobres* las mismas alusiones a la ciudad construida sobre la devastación y los despojos: “Así, el oficio/ de fundar la ciudad sobre cenizas/ de vencidas ciudades. Buen oficio”. En una enumeración caótica negativa (ni, no), el poeta desea que sean eliminados de la ciudad los ataques, los atropellos, las violencias, las furia apocalíptica, los asaltos, las violaciones de la historia de la Conquista:

⁷ “La ciudad de México: destrucciones y resurrecciones” en *Vuelta* 125, México, año XI, abril 1987, p. 10, por el contrario las ciudades mesoamericanas fueron destruidas y abandonadas. Dice Octavio Paz: “En todo el territorio, casi al mismo tiempo, las ciudades-estados se derrumban y en menos de un siglo se convierten en ruinas abandonadas. Los historiadores modernos todavía no han podido responder a esta pregunta”. En “Luz sobre los mayas. Reflexiones de un intruso”, *Vuelta* 122, México, año XI, enero 1987. Cabe aclarar que los aztecas construían sobre lo ya construido para ampliarlo. El Templo Mayor de la ciudad de México y la Pirámide de Quetzacoatl en Teotihuacan, por ejemplo.



No para ti los perros de la furia
ni los enrojecidos
humeantes jinetes al asalto;
no la puerta rajada, ni el relámpago
de la espada en la alcoba,
ni el temblor de las sábanas terribles
bajo la violación, ni los gemidos (*ibid.* 10).

Por otra parte, la línea clara y positiva de la ciudad colonial, plena de bienes, honrados oficios, forjadores de vida sosegada, abundante y pacífica: “sí manantial de macizas paredes,/ de azules templos para bordadoras/ calladas, de albañiles coronados,/ de dulces padres carpinteros,/ de manos como príncipes que rijan/ el sabor unitivo de la espada” (*ibid.* 37).

La ciudad celeste, la Nueva Jerusalén, la ciudad bíblica, la mística ciudad de Dios de San Agustín, la ciudad sobrenatural que desearon construir los doce primeros frailes evangelizadores de México, se eleva junto al México colonial y terreno. Las anteriores afirmaciones van sugeridas por la lectura de versos que con términos teológicos remiten a seres sobrenaturales que pueblan la ciudad de presencias in-

visibles: “verde abrevadero de los ángeles de la ciudad” (*El ala del tigre*, 30), o bien aluden a la ciudad con atributos espirituales o trascendentes que la colocan en un nivel sobrenatural y divino: “ciudad celeste sobre el valle” (*ibid.* 9); “insigne/ ciudad fundada con la hoguera/ del sol; sentido sustentador/ por la alegre ruina de ciudades que engendran la ciudad eterna” (*La flama en el espejo*) (el subrayado es mío). La ciudad predestinada por Dios para su pueblo elegido es recordada por Rubén Bonifaz Nuño en un lúcido ensayo titulado “La fundación de la ciudad”, del que extracto el siguiente fragmento del éxodo bíblico.

Así por ejemplo, en la *Biblia* se narra el camino de los hijos de Israel, rumbo a una tierra buena y espaciosa, rumbo a una tierra donde fluyen la leche y la miel, camino que habrá de verse coronado, en la consumación de los tiempos, por el descenso de la celeste Jerusalén cúbica, con aquella luz igual a la de la piedra preciosa, como la piedra de jaspe, semejante al cristal, júbilo y justificación de todo cuanto existe.⁸

El texto anterior alude con precisión al *Apocalipsis* (21, 2—11): “Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo [...] Me trasladó en espíritu [el Ángel] a un monte grande y alto y me mostró la ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios [...] Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino”. Por otro lado la huella de la ciudad bíblica está presente en otros textos que sería prolijo enumerar. Por ejemplo, en los hermosos versos de *El corazón de la espiral, Homenaje a Ángela Gurría*, Rubén Bonifaz Nuño habla de las modernas esculturas de la artista: “Desde el alma de sus manos, brota/ muchedumbre de pueblos; lúcidas/ ciudades proféticas revela”⁹ que guardan la reminiscencia bíblica. El símbolo de la ciudad trascendente y eterna que ha superado la circunstancia histórica y temporal, enriquece y contrasta la poesía citadina de Rubén Bonifaz Nuño.

México-Tenochtitlan

La ciudad *perdida* bajo los derrumbes de los *cues* y *palacios* de la antigua Tenochtitlan, es recuperada por el canto de Rubén Bonifaz Nuño. La Tenochtitlan que desesperadamente buscaban los antiguos mexicanos en sus migraciones hacia la altiplanicie central de México, el lugar predestinado por los dioses para dar cumplimiento a su misión específica como nación. En el artículo ya citado de “La fundación de la ciudad”, Rubén Bonifaz Nuño escribe:

Puede leerse en muchos textos antiguos que pueblos enteros, elegidos para ciertas finalidades, altísimas, empren-

den migraciones hacia el encuentro de una tierra, hacia el establecimiento de una ciudad en donde llevarán a término el cumplimiento de su destino.¹⁰

Rubén Bonifaz Nuño se remonta hasta los orígenes de la ciudad de Tenochtitlan, a las dificultades y trabajos que tuvieron que sufrir los antiguos mexicanos para encontrar el lugar en el que habría de construirse su ciudad, fundamento de la nación:

[...] se cuenta cómo las tribus, después de salir de su morada de las Siete Cuevas, viajaron y padecieron hasta llegar a las orillas del lago en cuyo islote central un águila, erguida sobre un nopal, desgarraba al comérsela una serpiente que sostenía entre las garras. En este momento se detuvieron porque adquirieron el conocimiento de que habían llegado al lugar de la ciudad que buscaban.¹¹

En *Destino del canto*, Rubén Bonifaz Nuño cita al *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*: “Se estableció el canto, se fijaron los tambores; se dice que así principiaban las ciudades: existía en ellas la música”¹². Luego comenta el verdadero sentido de la música y el canto, fuego de amor y unión del pueblo —la ciudad que formaban los antiguos habitantes de Tenochtitlan: “El canto, cimiento irremplazable de la ciudad, lo era de la comunidad también; pues resalta con evidencia que al hablar de la ciudad se nombra, antes y después de todo, a la comunidad de los hombres que la habitan”¹³. En *El Arte en el Templo Mayor*, Rubén Bonifaz Nuño continúa hablándonos de la música como fundamento de la ciudad: “Sobre la música ilustre que en esas tierras acuáticas había existido desde antes, vino la ciudad a salir de entre las manos de los hombres”¹⁴. En *Fuego de pobres* el poeta suplica: “introdúceme al coro” (37), es decir, ejercer el oficio del cantor para así contribuir a la edificación de la ciudad: “Y estableciendo el canto/ se fundó la ciudad, como al principio” (*ibid.*). Ciudad construida sobre el fuego del amor y la unión fraterna (canto). En suma: la idiosincrasia propia del espíritu del pueblo mexicana que habría de forjar en los siglos futuros el México independiente, el México de la Revolución y el México moderno: Y así “para siempre naciera,/ y en torno y habitada y ofrecida,/ la ciudad y la gente suscitada/ por el orden del canto” (*ibid.* 27).

Para el poeta veracruzano las migraciones históricas de

¹⁰ *Memoria*, op. cit., p. 151. Prescindo del canto a la ciudad de Roma contenido en este ensayo ya que intento centrarme solamente en la ciudad de México. Cabe aclarar que el tema de la ciudad se encuentra disperso en toda la obra de Rubén Bonifaz Nuño. Por ejemplo *As de osos*, México, UNAM, 1981: “Ciudad de muchas puertas, alta/ de abiertos sepulcros despoblados” (“Edipo”, p. 75).

¹¹ *Ibid.* Rubén Bonifaz Nuño transcribe el texto de Sahagún.

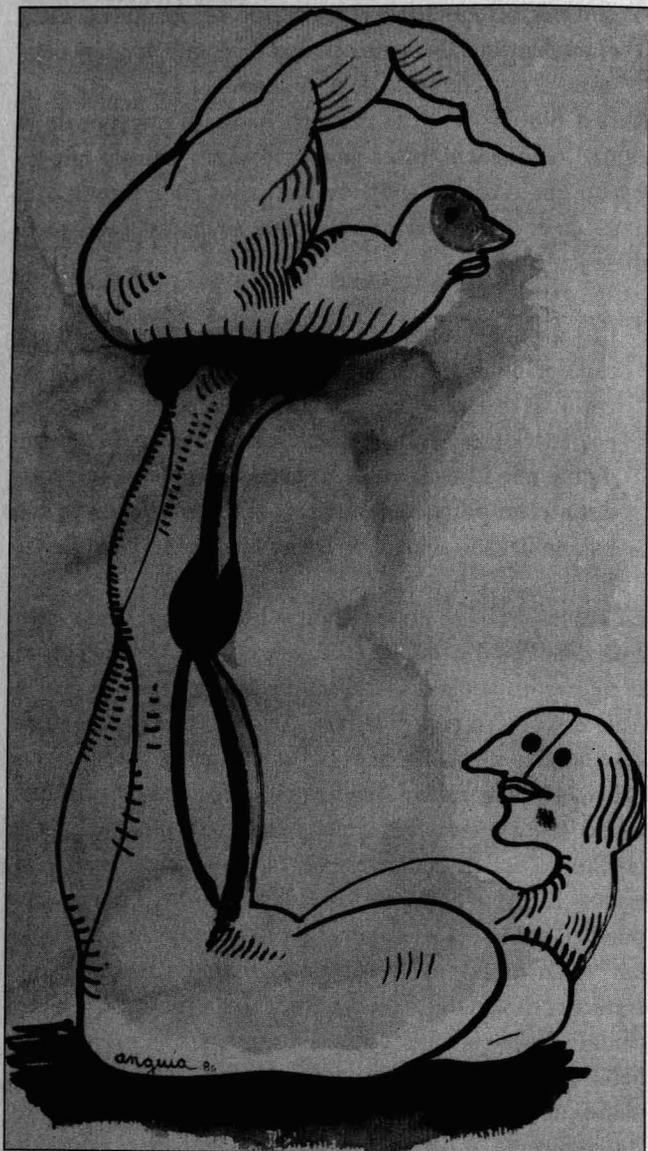
¹² *Destino del Canto*. Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana, México, UNAM, 1963, p. 32.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *El Arte en el Templo Mayor*, texto de Rubén Bonifaz Nuño, fotografías por Fernando Robles, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP, 1981, p. 13.

⁸ *Memoria de El Colegio Nacional*, tomo VII, año 1972, núm. 3, p. 151.

⁹ México, Miguel Ángel Porrúa, 1983, I, p. 7



los pueblos nahuas devienen paradigmas de otras migraciones de orden espiritual: el hombre habrá de adentrarse en su yo interior, trabajar en su perfeccionamiento y, de esta forma, poder integrarse en la comunidad de los hermanos en búsqueda de armonía y libertad. Esto es: ser piedra viva entre la muchedumbre de piedras vivas que habrán de formar la nueva ciudad de México:

[...] la posibilidad de que el hombre inicie, en su propio interior, esa peregrinación de que hablan los viejos textos en busca de un conocimiento profundo que, al proyectarse hacia afuera, permita fundar, como una ciudad, una relación armónica; que coloque, por encima de todo, el libre poder de cooperar con el orden benéfico del ámbito en que está contenido. Alcanzar la libertad por la conciencia. Porque el conocimiento que el hombre alcanza de sí mismo, su propio despertar, es la única vía posible para establecer la libre comunidad.¹⁵

En efecto, la ciudad trasciende los muros, las ventanas, los edificios. ¿Qué es la ciudad además de los edificios, casas, templos, oficinas y mercados? Rubén Bonifaz Nuño, en la entrevista citada anteriormente, ha vuelto a reiterar su convicción de que el amor que fundamentara el asentamiento de las ciudades nahuas es el mismo que construirá el México actual: Porque la ciudad no es sólo la "materia convocada y dócil/ de banquetas y lámparas y muros [...] Sitio de piedras y madera, jerarquía/ de materiales ordenados" (*ibid.*, 2) sino la solidaridad humana fraterna y espiritual:

Ciudad es comunidad humana, sustentada antes que sobre núcleos de piedras, sobre cimientos espirituales. La poesía se concibe como el lazo de unión entre los hombres; es decir, como una suerte de concierto espiritual y material sobre el cual se tiene que levantar la fraternidad humana.¹⁶

Rubén Bonifaz Nuño, poeta urbano, poeta de la ciudad de México, Distrito Federal, en triple dimensión del espacio y el tiempo porque en su escritura, tanto en la poesía como en el ensayo, ha sabido cantar con fervor y verdad al México moderno, al México colonial y a la Tenochtitlan azteca.

La literatura urbana hace blanco a la ciudad del amor o del odio, la exaltación o la injuria, el epíteto laudatorio o el insulto, pero siempre la ciudad es centro de atención de sus moradores. Por eso no es de extrañar la larga serie de impugnadores desde Juvenal a Federico García Lorca (*Poeta en Nueva York*), sin olvidar a Fray Antonio de Guevara en *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Otro grupo sería el de los amantes de la ciudad como Pedro Salinas (*Nocturno de los avisos*). Rubén Bonifaz Nuño se integra a este último tipo de poetas y escritores que aun reconociendo los problemas inherentes a toda gran urbe, saben comprenderla y aceptarla con sus sombras de infamia o sus luces de gloria. "Para comprender una gran ciudad hay que ser hombre de ciudad", señaló Manuel Durán¹⁷. En efecto, Rubén Bonifaz Nuño —y dicho con sus propias palabras— es "hombre de ciudad"¹⁸ que sabe cantar el espacio geográfico y vital donde siempre ha vivido porque siempre lo ha amado. Poeta urbano, Rubén Bonifaz Nuño sabe elevar la circunstancia urbana a nivel trascendente y ha sido capaz de encontrar la plenitud de su sentido mítico, simbólico y espiritual. ◊

¹⁶ *Vuelta* 104, *op. cit.*, p. 32

¹⁷ En *Ínsula*, Madrid, núm. 300-301, año XXVI, nov-dic, 1971. Manuel Durán compara el enfoque sobre la ciudad de Nueva York por parte de dos grandes poetas de la Generación del Veintisiete: "La visión de Salinas es, en este caso, en gran parte crítica e irónica, distinta de la de García Lorca ante el mismo espectáculo. Para comprender una gran ciudad hay que ser hombre de ciudad. Salinas lo era; Lorca, no".

¹⁸ Véase nota 5.

¹⁵ *Memoria*, *op. cit.*, p. 165.